



DESPUES de la vuelta de la guerra, el recuerdo de mi padre se hunde en el olvido. Hay en mi memoria como un pozo oscuro de donde surgen imágenes difíciles de precisar en el tiempo. Me veo, en cierta mañana, siguiendo hacia el fondo a una criada que portaba, entre aspavientos, una gran caldera de agua hirviendo. El fondo era extenso. A un lado estaba la caballeriza y el altillo para el forraje, largos de diez metros. Al frente, las piezas de la servidumbre y los recogidos. Cuando la criada se detuvo frente a una trampa de alambres que encerraba dos ratas, el espanto estrujó mi corazón. Al vernos, ellas se debatieron contra las paredes de la jaula arañando los alambres. Luego, se echaron con las cabecitas pegadas al suelo, jadeantes. Sus ojillos abiertos no querían murar.

De pronto, profiriendo a gritos:

—¡Roben, ahora! ¡Destrocen, ¡Traigan pestes, ahora!—la criada alzó la caldera.

Un chorro humeante, un sólo breve chorro cayó sobre las ratas, cuyos lomos humearon, despeinándose, y se encogieron entre ahogados chillidos. La maldita jaula se estremecía, se dió vuelta, rodó, saltó, despidiendo un pegajoso tufo a carne recocida. Como ositos se paraban en dos patas las infortunadas, rascando con las uñas los fata-

les alambres. Y caían. Y en botes de epilepsia se destrozaban los hocicos buscando una salida. Inexorable, la criada dejó caer un nuevo chorro, esta vez prolongado, perseguidor.

Sin voz de horror, yo permanecía inmóvil, con los ojos secos, vueltos vidrios. Bajo el clamor de los chillidos la jaula daba tumbos, crujía a influjos de las pequeñas garras urgidas. Y aparecían los dientecillos en las crispaciones del martirio.

—¡Roben, ahora! ¡Destrocen, ahora! ¡Traigan pestes, ahora!

Hasta que una cayó, encogiéndose brusca, y estirándose luego casi imperceptiblemente.

Entonces, enloquecida, la otra quiso guarecer la cabeza bajo el cuerpo inerte. Pero, alcanzada otra vez por el agua, tocó el techo de un brinco, rodó también, temblando, y quedó quieta.

Cayó todavía más agua, acabando con la tersura de aquellas pieles grises. La mujer se alejó sin mirarme. Yo no había recibido todavía el golpe de saber que las oraciones aprendidas eran sólo para los humanos; que lo demás, las plantas, las bestias, la tierra toda, quedaba fuera, en el horroroso desamparo de la nada.

Al salir de mi pasmio, me arrodillé y elevé mis preces a Dios por las almas de sus dos bestiecillas quemadas.

Momentáneamente, una dulce paz posesionó de mí. Volví al patio. Entré al cuarto donde mi madre estaba enferma, en cama. No sé por qué, guardé el secreto de la escena que acababa de presenciar. Ella extendió el brazo y acarició mis mejillas. Estaba

RECUERDOS DE MI VIDA



ojerosa y pálida. Como la que, rodeada de flores, me contemplaba desde su nicho, a la luz permanente de una veladora.

Bajo la mano de mi madre, el reciente martirio y la idea de los roedores que todavía vivían en sus cuevas del fondo volvieron a turbar mi corazón. Asocié la canción del viejo arpista con sus niños ambrientos.

—Mamá, — dije trepándome en la cama, — cántame lo de los niños.

Mi madre sonrió melancólica, me situó de manera que yo no tocara su vientre, y accedió con la cara junto a mi cara. Pero su canto evocaba en mí más que niños danzando hasta morir bajo los sonos del arpa. Yo veía tam-

SAN JOSE, donde nació, donde vive, donde sueña y donde escribe Espinola.

bién ratas, muchas ratas, extenuándose hasta caer inanimadas...

De súbito, algo cálido cayó sobre mi mejilla. Alcé la cabeza. Estaba llorando mi madre. Evocaba, sin duda, ahora lo comprendo, algo más que los hijos del arpista. Y derramaba lágrimas por dos niños, yo y el próximo a nacer, que nos hundiéramos pronto en el hosco porvenir.

Me inclinó sobre su pecho. Y siguió con un acento triste como nunca, como jamás había contado, mientras la oscura desolación de mi alma hizo que me fuera estrechando cada vez más a ella. Hasta que, de pronto, ahogando un gemido, exclamó:

— ¡Me hiciste daño, hijo!

Una anciana, arrojando un cigarro a medio fumar, entró al cuarto y, a pesar de las protestas de mi madre, me llevó afuera.

En el patio, próximo al pasillo del zaguán, sobre una mesa pequeña, había siempre una bandeja con monedas para los pobres que acudían diariamente. Al pasar junto a ella, me asaltó una idea que quise rechazar lleno de susto. Pero ella, lenta y seguramente, fué ganando mi voluntad. Se disfrazaba entre otras, aparecía en parte, se desnudaba y ocultaba en seguida; conducía mi imaginación hasta los estantes del próximo almacén, y la tornaba presto, con sabrosas adquisiciones hacia las negras cuevas de las ratas.

A veces, iba a la caballeriza, subía por la escalera hasta el altillo, me tumbaba sobre los fardos de pasto, y allí acariciaba la ensoñación, conmovido.

¡Ah!, era de noche, en una vasta planicie solitaria. Me veía yo, a la luz de una luna pálida, con las manos llenas de exquisitas confituras. Y de todos los puntos del horizonte irrumpían entonces las ratas. Silencioso, sin sorpresa, multiplicándose en las sombras, avanzaba el pardo tendal como tibia marea de lava. Mis manos se abrían inagotables. Y los miseros roedores devoraban, junto con los dulces dones, mi ternura irresistible y desbordada. Lejos las trampas traidoras, las criadas crueles, los hirvientes calderos. En la vasta planicie, ellas y yo. Y la luna pálida. Y mi pasión, cuyo ardiente conjuro incorporaba en el vago horizonte más y más acercantes animalillos. Saltaban entre mis piernas. Cogían en el aire los trozos de pan, de ticholo, de chauchas de algarrobo. Y en amplios movimientos, mis manos arrojábanles en derredor a las lejanas. Luego, calladamente, bajo la luna pálida, ibanse alejando hacia detrás del confin. Y quedaba yo solo en la vasta planicie. Sólo, grave y amoroso como un dios. Protegiendo el sueño de la confiada multitud maldita.

En estos días marchitos de involuntaria internación en el osario de mi alma, ¡qué bien descubrí la continuidad de mi vida, y cómo aparecen reveladas las subterráneas fuentes de mi existencia adulta! Mi última novela tenía hundida sus raíces en el fondo, con cuevas de ratas, de la vieja casa solariega. Y todo un período desesperante de mi vida, — ¿qué dirás tú, censor cómodo e inapelable? — significaba la revivencia de mis años más inocentes.

Hace poco, en yerta soledad, en soledad que es más que soledad, que es abandono, señalé esto de Max Scheler: "A menudo, un poderoso impulso del corazón, un tormentoso anhelo de acercarse a los pecadores, de padecer, de luchar con ellos y de convivir la difícil y oscura vida que ellos viven, sobrecoge, precisamente, a las más nobles naturalezas, en la sociedad de los "buenos", que pueden ser realmente "buenos" y no unos fariseos. Esto no es, — claro está, — una tentación de los atractivos unidos al pecado, ni tampoco un amor demoníaco a la "dulzura" del pecado, incentivo de lo prohibido o seducción de la novedad de la aventura; es más bien un tormentoso amor, una tormentosa misericordia, que estalla en nosotros hacia el "conjunto" de esta humanidad solidaria que es como "un" hombre, y aún hacia el conjunto del universo; es un amor que nos hace sentir como espantoso que sólo una parte sea "buena" y la otra mala y reprochable. Ese amor y una profunda conciencia de solidaridad con el conjunto de la humanidad, n representa como terrib



FRANCISCO ESPINOLA (hijo). Aspecto de filósofo, rostro fiero, gafas que dominan en un noble semblante. (Foto Frangella).

vorosa, en ciertos momentos, la perspectiva de ser buenos en la única compañía de los buenos; y esto provoca algo así como el asco a los buenos, y que pueden serlo solos, y un intenso clamor: ¡lejos de ellos!...

Yo, niño, entre las campanadas de las altas torres, que me envolvían y envolvían el pueblo y seguían hacia los campos, desfallecía de angustioso amor. ¡Malditas las que roban, destrozan, contagian la peste? ¿Trampas para ellas? ¿Muerte?... ¡Ah, Dios mío! Y yo, que años más tarde descendería por tortuosos callejones hacia el Bajo, me escurría entre las patas de los caballos y trepaba al altillo a resonar con la planicie bajo la luna pálida.

Hasta que, para mantenerse, el ensueño exigió algo, aunque fuera muy poco, de realidad. Se me aparecía de nuevo, insistente, la bandeja con monedas del patio. Y el almacén vecino, con sabrosas provisiones. Entonces me ahogaba la congoja. Y la sensación del mundo subterráneo y desdichado de las ratas, infundiéndome infinita piedad, no era bastante para mi mano. Llegaba de abajo, de la cuadra, el sordo murmurio de los caballos. Y este rumor oscuro, paciente, se fundía al oscuro y paciente infortunio de las cuevas. Mi alma, que después sabría de las cuevas desdichadas y oscuras y pacientes de los hombres, se agitaba en un desesperado delirio. El miedo a robar me rodeaba con barrotes de jaula. Hundía la cara en el heno, cuyo perfume traía también sensaciones de

(Continúa en la pag. 57)

POR

FRANCISCO ESPINOLA (h.)

DIBUJO de POGGI

Recuerdos, etc.

(Continuación de la pag. 7)

oscura resignación, de mansedumbre. Y lloraba. Cierta imagen desolada aparecía fatalmente. La de un hombre de piernas atadas bajo el vientre de su cabalgadura, de manos atadas a la espalda, llevando en pos a una pareja de emponchados, que atravesó el pueblo cierta tarde de lluvia. Tan abatida iba su cabeza que la hundía casi entre las negras barbas. Me veía atado yo, tan pequeño, a un enorme caballo, bajo la lluvia. Yo, en un peregrinaje sin descanso ni retorno, atadas las manos, atadas las piernas por debajo del caballo, seguido de patibularios emponchados, cada vez más lejos, más lejos de mi madre.

Una criada vieja me vistió, me puso una gran corbata azul en el cuello, me dió un beso. Todo lo que antes hacía mi madre. Todo igual, ahora, pero angustiadamente distinto.

Sali al patio conteniendo las lágrimas. En el cielo, recortábanse las torres donde, sitiadas por el sol, las lechuzas permanecían escondidas en sus hundidos refugios hasta que la noche acudiera en su ayuda y les permitiera lanzarse a bogar por el éter sin desatar tantas maldiciones.

Mi imaginación, que llegó hasta los nidos en cerco, abarcó también las cuevas de las ratas y mi propio corazón. Todos estábamos solos, huérfanos de cariño: las de las altas torres, las de las invisibles galerías del fondo, yo. Pero yo era el más fuerte. Me debía a ellos, pues.

Me cercioré de que nadie me veía, y atravesé el patio, crecientemente trémulo, hacía la bruñida bandeja con monedas, que se me fue antojando en llamas. Cuando ya iba a tocarla, oí un gemido desgarrado.

—¡Esa es mi madre!, — exclamé con horror.

La vieja criada me cogió en brazos y salió conmigo hacia el zaguán. En la calle estaba mi abuelo en su volante.

Me sentó a su lado.
El coche partió.

GUACHITA

(Continuación de la página once)

Asunción por la guacha, que no hace un ademán, ni un balido lanza. La mira con ojos que crecen en tamaño y oscuridad.

—¡No me mirés así!, —

La sangre caliente le salpica las manos, corre por el filo, gota en el gavián que la causó. Ahora se echa en el pasto, espumosa primero, luego espesa, humeante, y se hace coágulo. La "guacha" tiembla, resuella, alza un par de veces su cabeza, como saludando a la dueña, y nada más.

—Ahura sí que estoy sola...

Deja el cuchillo en el suelo. Se arrastra hasta el camine y se sienta en el pasto.

—¡Cómo tarda! mi niño...

La noche la rodea, la encierra, despacio, en espesas bandadas de tor-

dos con bichitos de luz.

—Facundo nunca sabrá cómo le quiere su viejita gaucha. Lo que acaba e' comer por él, nunca alcanzará a comprenderlo... Es cierto que aflojó a lo último. Pa mí, es tan duro cueriarla a la pobrecita. Que él lo haga, es varón, es más duro y no la conocía a mi guacha...

A lo lejos se oye el tróte de un caballo. Ya no tiene pena, ni memoria, ni nada. Tiene orejas...

—Es el pinga d'él. ¡Por qué no galopea? Mi corazón abichoese, galopa...

Un jinete se acerca.

—¿Será mi muchacho? No le oigo chocotiar el sable; y... no traerá... ¿Pa qué necesita armas en casa de su mamá?

Piensa luego si no podría, con gran esfuerzo, bajarlo en brazos del buen caballito que lo trae.

—¡Facundo! ¡Facundo! ¡Aquí estoy, veme!

El jinete sofrena.

—Yo soy Recadero, señoría güenas noches... ¿Usted es doña Asunción, la lavandera?

—Sí señor.

—¿La mamá de un sargento, bien parecido él?

—La misma. Así es Facundo...

—Güeno, él me mandó que me allegase con un recaó...

—¡Está enfermo! — le grita.

—No, señora, no se asuste. Güenazo y en la güena está. Dice que le diera, a la pasada pa este lao, que hace tres horas le dieron licencia pa venir a comer con usted. Y él, crea que tráiba esas miras. ¿No? Pero sucede que del campamento una cuadrada pa acá, el diablo puso un boliche. Y en el boliche una carpeta pa que no se ensucie el libro de cuarenta hojas...

—¿El natipe?

—El mismo. Su muchacho es uno de los hombres de mejor mano pa un tale, que se ha conocido.

—¡Es tan dispuesto, ese hijito!

—Y se enriedó en los pelos vieja... meta copas, y deje salir oros y caer bastos. Le acertó seis ocasiones a un caballo de espadas. Pareció brujá aquella tropilla de un pelo... Abre y gana, pica y gana... Un arroyo de plata. Entonces, cuando empezó a sonar el tambor en el campamento, su hijo me llamó a mi lao, y me dijo: —Paisano: mi viejita me aguarda en la tapera que se alza a la derecha del paso de las Cruces. Haga el servicio e'decirle lo que está viendo. Cuéntele que traigo una racha como no se dan dos en la vida. Se va a alegrar mucho, al saberlo, yo la conozco bien... Voy en gano, dígame. [No podía dejar la mesa! Ya tocas llamada, nos vamos, no me queda tiempo. Eso es; cuéntele, explíqueme clarito que no me queda tiempo pa dir a cenar...]

—Entonces Facundo no viene!

—Sí acaso a la güelta...

Asunción no pudo contener el llanto. Lo fué recogiendo, como flores en el delantal, quizás para llevárselas a la guacha.

—No llore, vieja. El no es tan malo. No vino, pero en cambio, le traigo aquí, en este sobre, una cosa que le va a poner alegre!... ¡tome!

¡Una carta del niño! La apoya sobre el corazón. Siquiera tendrá una línea suya pidiéndole perdón; unas cuantas palabras de cariño. Son el consuelo. Rasga el sobre. Ahora tiene ganas de perdonar al desobediente. Mete los dedos en aquel capullo azul y saca de adentro un billete de diez pesos.

—Ni una letra, guachita... Plata nomás...



HACE 25 AÑOS

QUE NUESTRA CASA ORTOPEDICA Y OPTICA INVAR SE CONOCE EN TODA SUD AMERICA

Desde entonces hemos venido ofreciendo las últimas novedades y mejoras en toda clase de aparatos y en servicio asistido, lo que nos ha valido el prestigio y el constante favor del público y de los Sres. médicos. Usted que necesita de nuestros servicios no haga pruebas perjudiciales con artículos desconocidos, compre en donde le garanten la calidad y el resultado de los mismos. Esto se lo ofrece la CASA INVARE con sus técnicos especializados en la confección de PIERNAS Y BRAZOS ARTIFICIALES, FAJAS, BRAGUEROS, MEDIAS para VARI- CES, ESPALDERAS, SUSPENSORES, MULETAS. Aparatos para la corrección de deformidades y Optica, etc.

SOLICITE FOLLETO ILUSTRADO GRATIS CONFIENOS SUS RECETAS ORTOPEDICAS Y OPTICAS

Isidro Pañela Porta

1931 SAN JOSE 1931

